

A E
& I

La semana tiene siete mujeres

Autores Españoles e Iberoamericanos

Gustavo Rodríguez



La semana tiene siete mujeres

Para Alesia, Maira y Malú, mis tres mujeres.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el
previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

La semana tiene siete mujeres
© 2009, Gustavo Rodríguez

© 2009, Editorial Planeta Perú S. A.
Av. Santa Cruz 244, San Isidro, Lima, Perú.

Cuidado de edición: Álvaro Sialer
Diseño de cubierta: Martín Arias
Diagramación: Astrid Torres-Pita

Primera edición: marzo de 2010
Tiraje: 2.000 ejemplares

ISBN: 978-9972-239-95-3
Registro de Proyecto Editorial: 31501311000074
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-02542

Impreso en Metrocolor S. A.
Los Gorriones 350, Chorrillos, Lima, Perú.

*Si Dios hubiera querido salvarnos de la tentación,
nos habría prohibido la serpiente y no la manzana.*

SAVATER

*Nos resulta aterrador impedir que un ciego
entre en el reino de los que ven y, sin embargo,
nos parece normal evitar que un inmigrante
ingrese a la tierra prometida.*

TARROU, BLOGGER LITERARIO

Es de mal gusto desear la boca de una mujer mientras habla del velorio de su marido. Mis ojos parecían ignorar esta regla básica y, lo que es peor, probablemente Gracia se había dado cuenta. Sí. Era lo más seguro. Avergonzado, decidí levantarme con el pretexto de servirle un vaso de agua. Di unos pasos hacia la jarra que estaba en la mesita de mi comedor y, al volver a la sala, me propuse concentrarme para no derramar una gota delante de ella. Cuando se llevó el vaso a la boca, sus dientes asomaron magnificados por el agua: me pregunté cómo sería volverlos a sentir con mi lengua. Un monte empezó a crecer en mi entrepierna, pero un diluvio empezó a caer sobre la suya. Le alcancé una servilleta de papel y, por primera vez en esa tarde, me ganaron los pensamientos de un caballero irreprochable. Ya lo dije de otra manera: hay que ser un animal para pensar en carnalidades mientras la mujer que tanto amaste se ha puesto a llorar.

Era de esperar que el velorio de su marido estuviera lleno de gente: el diario más importante del país había acompañado la noticia con un reportaje especial sobre su trayectoria. El informe estaba salpicado de sus mejores trabajos gráficos, y el resultado fue el resumen perfecto de una vida: drama y risa conviviendo en seis columnas. En un lugar destacado, unos trazos coloridos volvían a narrar aquella burla que lo hizo conocido en Estados

Unidos y en otros países: la Torre Eiffel a punto de ser tomada por fuerzas norteamericanas porque George W. Bush siempre había creído que era una torre de petróleo. Gracia recibía las condolencias con dignidad, y Gloria, su hermana, no se separaba de ella en ningún momento. El primer sobresalto la sacudió cuando vio entrar a ese político que tantas veces había sido ridiculizado por su esposo. Su esposo. La palabra le parecía ahora el sinónimo de una cáscara. ¿Debía seguir llamándolo así? Se le ocurrió volver a poner su apellido de soltera en sus tarjetas personales, y el haber pensado aquella tontería en un momento así la hizo sentir culpable, me contaría después. Bajó la mirada y, sobre el piso de madera, aparecieron unos lustrosos zapatos negros. Sabía que era el político. Levantó la vista, y esos ojillos con ojeras como berenjenas se clavaron en sus ojos. La voz fingió tristeza.

—Es una gran pérdida para el país.

Ella musitó unas gracias.

—Además, una muerte tan estúpida...

Gracia imaginó nuevamente aquella roca desprendiéndose del acantilado para aplastar el parabrisas de su marido, y miró con odio a aquel político que no tenía nada de diplomático. Recordó las veces en que su marido le había mostrado sus trabajos dedicados a él antes de enviarlos al diario: en el papel esos ojos pequeños, caricaturizados en puntos minúsculos, solo crecían explosivamente cuando su dueño notaba con felicidad que había cámaras cerca. Ahora que lo veía salir a la calle y que un grupo de reporteros lo rodeaba, pensó que nunca había visto una emboscada con tanto placer para el emboscado. Por fin el político se había salido con la suya a costa de su marido.

Gracia lloraba en mi casa con su mirada azul, y yo quería acariciarle el pelo. Imaginaba que al contacto de mis dedos, aquellos hilos rubios deberían sonar como un

arpa. Sin embargo, cuando por fin me atreví, la falta de música fue evidente. Ella lo tomó como un acto obligado de consuelo, y no como lo que fue para mí: nuestro primer contacto físico desde que me dejó por quien sería su marido. Como no paraba de llorar, me levanté a buscar papel higiénico en el baño de visitas. Mientras me agachaba a coger un pedazo largo, se me ocurrió una estupidez: que la marca de papel que tenía probablemente no era tan suave como la de su casa. Me recliné, tal como las muchas veces en los últimos años en que me he sorprendido comparando mi vida con la suya. Doblé el papel en mi mano y, cuando salí a entregárselo, había dejado de llorar. Tan solo moqueaba. Es curioso porque, en verdad, la parte que venía era la más dolorosa. Mientras el político oportunista daba declaraciones en las afueras del velatorio, ella pensaba que los instantes más perturbadores del día le serían traídos por las condolencias de los ridiculizados por su esposo. Pronto descubrió que no sería así. Una aguja se le clavó, como un prendedor en el pecho, cuando una mujer de pelo corto, rubio como el suyo, entró al recinto con una blusa negra y lentes oscuros. ¿Ocultarían ojos llorosos, acaso? Se trataba de Jueves y su levísima cojera. A Gracia nunca le había gustado Jueves, y alguna vez se lo había confesado a su marido. En momentos así, él sonreía. Tan solo sonreía encogiéndose de hombros. No era la presencia de Jueves ni la de las otras mujeres en el velorio lo que más le ardía: era la tristeza que también se notaba en ellas. ¿Con qué derecho habían entrado con ese abatimiento? Así como en toda boda no debe haber mujer más dichosa que la novia, ¿no sabían que en todo velorio no debe haber mujer más infeliz que la viuda? Algo de ese disgusto debió habersele aparecido en la cara porque, desde ese momento, su hermana le cogió la mano y casi no volvió a soltársela.

Las manos de Gloria eran grandes y suaves. Gracia no recordaba haberlas sentido jamás sudadas. En cambio, las que lucían cruzadas en el ataúd lo habían estado casi siempre. Gracia tuvo una punzada al percatarse de que jamás lo volverían a estar.

Había ya pocas personas en el velatorio cuando Gracia quiso acercarse por última vez a su marido. Se levantó de su asiento y rogó que el piso se estirase para demorar el momento: sabía que luego de esta oportunidad, en adelante vería su rostro solo en fotografías. En unos años, posiblemente, no recordaría exactamente la placidez de su cara acholada, la longitud de sus pestañas tiesas, el roce de aquel pelo grueso, como pasto recién cortado. Estuvo ante él por largos minutos y, cuando se dijo que ya era suficiente, no se animó a despedirse con un beso: no quería llevarse de recuerdo la frialdad. Tocó, eso sí, la tela de su saco gris para quitarle una pelusa rosada que anidaba en la boca del bolsillo. Pero a su contacto, el punto rosado creció y, con él, el límite de sus ojos. No era una pelusa: era un papel intruso que había sobresalido tan solo un milímetro del bolsillo que lo ocultaba. Gracia sintió que su corazón iba a despertar a su esposo, y rogó que el crujido del papel que estaba por desplegar lo ocultara. Lo abrió con ambas manos y las letras mayúsculas vomitaron su contenido afiebrado: MI AMOR, SIGUES VIVO EN MÍ. Una especie de cera caliente llenó sus arterias, entonces volteó a ver si alguien había notado su turbación. Nada parecía incorrecto, su hermana y unos familiares parecían coordinar el entierro del día siguiente. Se llevó el papel hasta la nariz con la esperanza de encontrar un perfume conocido, algún aroma dulzón que fuera difícil de olvidar, pero lo único empalagoso ahí era el mensaje cursi. Cerró los ojos fingiendo una oración y, en vez de peticiones, por su cabeza desfilaron Jueves y

las otras mujeres que la habían hincado con su presencia aquel día. No recordó a ninguna acercándose al ataúd. Volvió a abrir los ojos, metió el papel en su cartera, y se alejó de ahí. Tres días después me visitó en casa junto a su extraña petición.

Yo venía de hacer unas gestiones cuando la vi. Estaba de pie, en medio del patio de mi quinta, sin escapatoria entre las casas y la reja que yo tenía que abrir. ¿Cómo había quedado allí atrapada? Parecía una escultura fuera de lugar en ese patio colectivo de paredes sucias y despostilladas. Fue inevitable que mis nervios desataran sus látigos: mi mano tembleque se demoró más de la cuenta en insertar la llave, lo suficiente para impostar serenidad. Solamente ella podría decir si lo conseguí.

—Un señor que salía me dejó pasar.

Eran las seis de la tarde, y el sol todavía encendía su pelo. En una quinta como la mía es difícil tomar por ladrona a una mujer así de hermosa, y mucho menos si es rubia. Un recuerdo viejo me trajo la visión de nosotros dos, adolescentes, tomándonos una fotografía reflejados en un espejo. Cuando se la mostré a mi madre y vio juntas nuestras cabezas amarillas, comentó: «Sus hijos van a parecer pancitos con mantequilla». Quizá fue el recuerdo de aquella frase lo que me hizo sugerir una tontería.

—Llegas justo para tomar lonche.

Ni bien lo dije me provocó martillarme la boca, pero ella, piadosa, me contestó como si fuera natural invitarle una comida afeminada a una viuda reciente.

—No, gracias. Si quieres te acompaño.

Abrí la puerta que desemboca en mi sala y, por un breve instante, me complací de ser un hombre ordenado. La invité a sentarse y me agradeció mientras cruzaba las piernas. Su formalidad me dolió: parecía haber eliminado de su mente cualquier familiaridad que hubiéramos

tenido. ¿Qué había sido de aquellas tardes en que hacíamos planes mientras nos acariciábamos las manos en el sofá de su casa? Sus padres habían sido amigos de los míos, y a veces se les escapaba la ilusión de compartir nietos en un futuro. Pero todo aquello empezó a evaporarse el día en que encontré un retrato que le habían dibujado en un centro comercial. «¿Cómo así te animaste?», le pregunté. Y me contestó que tan solo había tenido curiosidad. Tiempo después supe lo que de verdad pasó: un tipo se lo había hecho sin su consentimiento, mientras ella esperaba por unos zapatos en una tienda frente a su caballete. Cuando salió de la zapatería, el dibujante se le acercó con la cartulina, y ella rió al verse.

—No tengo plata —le dijo, divertida. Y ese tipejo le contestó algo que a mí jamás se me habría ocurrido.

—Ya me pagaste con esa sonrisa.

El atardecer se instalaba, y tuve que levantarme a abrir las cortinas para exprimirle lo último a la luz natural. Una vez que las telas se separaron, mi sala cobró un aspecto rojizo, y Gracia aprovechó este brillo adicional para observar la decoración con detenimiento.

—Está igualita a como la dejó tu mamá.

Le sonreí, pero por dentro sentí vergüenza. Su comentario me pareció un reproche por mi falta de emprendimiento. Una paranoia menor me asaltó, y me imaginé lo que debía estar pensando: «¿Este habría sido mi futuro con él?». Quise castigarla, y adopté una voz áspera.

—Me enteré por los periódicos.

Asintió levemente. Preguntó por qué no había ido al velorio, que le habría gustado verme allí. Y fue así como empezó su relato sobre esas mujeres de tristeza insolente y aquella nota en el bolsillo. Cuando terminó, no supe

qué comentarle. ¿Qué podía decirle? ¿Que conmigo no le habría pasado eso? Me serví más agua y la sorbí con la parsimonia de quien parece estar fabricando conjeturas interesantes. De pronto cogió mi brazo y me miró de frente: la chica que años atrás me había tenido confianza, acababa de volver. Al menos, durante ese instante.

—Pensarás que estoy loca, pero solo tú puedes ayudarme.

Lo que me pidió, más que difícil, era retorcido.

No solo quería que me presentara ante aquellas mujeres que habían sembrado su desconfianza en los últimos años, sino que, además, tenía que averiguar cuál de ellas había dejado esa nota. Era claro que no bromeaba: su rostro se había puesto tenso y sus ojos ardían. No la contradije, por lo tanto. Sé muy bien que nada hay que inquiete más que un enemigo abstracto.

—Si te lo pido, es porque no pareces peruano.

Mi cara debe haberse transformado en una pregunta que parpadeaba.

—Ninguna te lo confesaría si vivieras aquí.

Tenía razón. Desde esa perspectiva su plan no sonaba tan descabellado. Se refería a que soy un tipo rubio, como los hay pocos en mi país, y estudié en un carísimo colegio de gringos en La Molina antes de que mi familia se fuera a la ruina. No es raro que en las calles de Lima a veces me llamen *mister*.

—Podrías presentarte como un periodista gringo interesado en su biografía.

Tomé un sorbo de agua y me recliné en el sofá. Aquella fantasía estaba yendo demasiado lejos y, sin embargo, me había tocado de cerca: no pude evitar recordar los días en que practiqué en la redacción de una revista que alguna vez tuvo importancia. ¿Qué habría sido de mí si hubiera continuado en ella? En vez de verme como el profesor de secundaria que soy ahora, me imaginé en la

antesala de una *suite*, preparándome a ser recibido por un dignatario que, a su vez, debía estarse preparando para mis preguntas incisivas. Lo que dije a continuación fue lo más parecido a un pensamiento en voz alta.

—Si usara una grabadora sería más creíble.

Gracia se entusiasmó como una chiquilla y, por un segundo, en sus ojos se formó una olvidada admiración hacia mí.

—Tienes que darme esas grabaciones.

Su reacción fue penosa, porque la devaluaba en su altivez. ¿De verdad pensaba encontrar paz al atormentarse con las voces de esas mujeres? No pude convencerla de que escuchar esas probables grabaciones no estaba a su altura. Pero sí me aceptó recibir un informe escrito basado en ellas.

—Es un trato —me dijo.

Un trato desigual, pero no se lo hice saber. Ella iba a ganar la clave de un secreto que la carcomía. Yo, tan solo, la tortura de volverla a ver.